Encuentros breves: Hojas para el grupo

Estudios bíblicos reformados

Introducción a la mayordomía

Estudios bíblicos reformados

Introducción a la mayordomía

ESCRITORA
Eugenia Gamble

EDITORA
Marissa Galván Valle

Acerca del escritor
EUGENIA GAMBLE es pastora de la Iglesia Presbiteriana Nipomo Community en Nipomo, California. Ha escrito estudios bíblicos para la revista Horizons y el libro *Words of Love, A Healing Journey with the Ten Commandments*.

OBJETIVOS: EBR

Estudios bíblicos reformados es un material de estudio que las iglesias y las personas pueden utilizar para:

- **Encontrarse con la Palabra** para conseguir el conocimiento y la formación necesarias para vivir vidas efectivas de fe;
- **Estudiar la Palabra** para que esta información les desafíe con una enseñanza empírica, que se dé a través de todos los sentidos que Dios da a toda persona y;
- **Ejercitar la Palabra** para que las personas conecten lo que han recibido con sus vivencias, con la cultura que les rodea y con las creencias teológicas de la tradición reformada, para que sus vidas sean transformadas en acción y testimonio.

MATERIALES

Cada encuentro de *Estudios bíblicos reformados* tiene dos archivos: Una «Hoja para el grupo» que se entrega a las personas que participan del estudio y que sirve como encuentro introductorio y de aplicación y una «Guía para líderes» que da herramientas a la persona que dirige el encuentro para interpretar y procesar la información de la hoja para el grupo y para hacer que el encuentro se transforme en acciones y vida en el caminar cristiano.

Estudios bíblicos reformados es una serie de estudios de Cultivemos fe, Corporación presbiteriana de publicaciones, Louisville, Kentucky. A menos de que se indique otra cosa, las lecturas bíblicas en esta publicación son tomadas de la Biblia *Versión Reina Valera Actualizada,* © 2015 por Editorial Mundo Hispano. Usada con permiso. Este material educativo es ofrecido libre de costo para el uso de iglesias y de grupos que deseen profundizar en su conocimiento bíblico / teológico.

Originalmente, este estudio aparece como parte de la serie the presbyterian leader.com, Introduction to Stewardship, Copyright © 2010 www. thepresbyterianleader.com Se ha hecho todo lo posible por verificar los derechos de autor de los materiales aquí citados. Si algún material registrado ha sido incluido sin el debido permiso o reconocimiento se insertará la debida mención en futuras ediciones. © 2023 Cultivemos fe. Todos los derechos reservados.

CULTIVEMOS FE

Estudios bíblicos reformados

HOJA PARA EL GRUPO 1

Introducción a la mayordomía

LECTURA BÍBLICA
Génesis 1,26-28; Números 18,20-24; Deuteronomio 14,22-27; Deuteronomio 14,28-29; Génesis 32, 33, 42; Marcos 10,17–31

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
Y digo esto: El que siembra escasamente cosechará escasamente, y el que siembra con generosidad también con generosidad cosechará.
— 2 Corintios 9,6

RECUERDE QUE...
La mayordomía no es sinónimo del presupuesto de la iglesia.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Una amorosa invitación

¿Qué es lo primero que recuerda cuando se habla de dinero? Yo recuerdo haber cargado frascos llenos de nueces y haber recibido 10 centavos por hacerlo También recuerdo haberme preguntado por qué mis primos recibieron 25 centavos por hacer el mismo trabajo. Recuerdo además estar sentada con las piernas cruzadas en la cama de mi habitación en los sesenta decorada con enormes flores de papel crepé y símbolos de paz, tratando de ver cómo podía diezmar de mi mesada de 25 centavos sin darle a Dios más de lo que debía darle. Recuerdo la tensión palpable que a veces sentía en nuestro hogar cuando, a pesar de los mejores esfuerzos de toda la familia, el dinero no daba para pagar todas las cuentas.

Durante los últimos veinticinco años he dirigido talleres sobre mayordomía en la iglesia, y cada vez que le pido a la gente que piense en los primeros recuerdos que les surgen sobre el dinero, suelo recibir como respuesta alguna variación de «esconderme detrás de la puerta escuchando a mamá y a papá discutir sobre las facturas». El dinero es algo poderoso y ese poder se extiende a la manera en que tratamos y hablamos sobre el dinero en la iglesia. El dinero genera una profunda inquietud en nuestro ser, y quizás ahora más que en cualquier otro momento de la vida. A esto podríamos sumarle el hecho de que existe una creciente desilusión y desconfianza hacia las instituciones en general, y esto incluye a la iglesia. Quizás por eso el liderato de la iglesia a menudo se siente obstaculizado y avergonzado de hablar con sus congregaciones sobre la realidad profundamente espiritual de dar.

Hace unos años atrás, una joven irrumpió en mi oficina en la iglesia con un puñado de papeles arrugados en la mano. Tenía la cara roja por la diatriba interna que la había impulsado desde el estacionamiento hasta mi oficina. Antes de que pudiera levantarme para saludarla, arrojó un fajo de billetes sobre mi escritorio, algunos de los cuales parecían estar manchados de lágrimas, y dijo: «Eugenia, ¿qué espera Dios de mí? ¡No esperen volver a verme en la iglesia hasta que termine la temporada de mayordomía!». Ella giró sobre sus talones, salió de la oficina, cruzó el estacionamiento y salió en su auto, aparentemente ajena a que yo corría detrás de ella agitando los brazos para ver si me veía. Toda nuestra charla gozosa sobre hacia dónde se dirigía la iglesia y lo que necesitábamos para llegar allí era solo una exigencia más que ella no podía soportar, y su ira era pura, cruda y dio una lección de humildad. La mayoría de la gente de nuestras congregaciones no son tan sinceras ni están tan en contacto con sus sentimientos como esta joven. Sin embargo, más allá de toda nuestra retórica y diagramas, muchas personas simplemente no hemos entendido el punto.

La mayordomía no se trata fundamentalmente de aumentar el presupuesto de la iglesia; aunque la mayordomía fiel es nuestro método para aumentar el presupuesto. No se trata fundamentalmente de apoyar la misión de la iglesia; aunque apoyar la misión puede ser una gran motivación para dar. No se trata fundamentalmente de adquirir los fondos necesarios para renovar el edificio y pagar al personal; aunque ambas cosas son responsabilidades sagradas con las que tenemos que cumplir. No se trata fundamentalmente de ofrecer nuestro tiempo voluntariamente al trabajo de la iglesia; aunque las personas que practican una mayordomía fiel se ofrecen como voluntarias. No se trata fundamentalmente de usar nuestros talentos o servir en la comunidad, por más valiosas y necesarias que sean esas cosas para el crecimiento espiritual. La mayordomía, más bien, es ser fieles al reclamo de Dios y su derecho indiscutible a gobernar sobre la vida humana y todo el orden creado. La palabra «mayordomía» o «administración» simplemente significa «supervisión» y «responsabilidad por el uso de» un recurso que no nos pertenece. Es una actividad realizada en nombre de otra persona que tiene un mayor derecho sobre lo que ha de ser administrado. La mayordomía es un concepto profundamente espiritual que no se trata tanto de nuestra parte justa del presupuesto sino del reclamo de Dios sobre «nuestros» recursos. Se trata, como todo lo relacionado con Dios, sobre la libertad y no sobre la esclavitud, sobre la gratitud y no sobre la carga.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

El mito de la propiedad individual

Muchos seres humanos vivimos con la mentira interior de que lo que poseemos nos pertenece. La verdad de la fe bíblica es que no existe la propiedad individual. Todo lo que existe en el universo fue creado por Dios y pertenece a Dios. En la fastuosa generosidad de Dios, contamos con los medios para sostener a nuestras familias y a nosotros/as mismos/as, pero esa provisión siempre viene de otra fuente. Es Dios quien provee. Es Dios quien hace la creación. Es la casa de Dios en la que vivimos, el coche de Dios el que conducimos, los hijos e hijas de Dios los y las que criamos, el ser de Dios en el que vivimos y que vive en nuestro ser. Es la iglesia de Dios la que administramos y la tierra de Dios sobre la que tenemos dominio. Cuando hay confusión sobre esa verdad, nos parecemos a la versión adulta de la adolescente de 12 años que intenta descubrir cómo diezmar una cuarta parte de 25 centavos y que se moleta por el tiempo adicional que le va a tomar ahorrar el dinero para las cintas de lunares para el cabello que quería y que sabía que harían su vida perfecta.

En conclusión, no estamos hablando de nuestras cosas. No es nuestra cuenta de ahorros ni de cheques, ni nuestra cuenta de retiro, ni nuestro nuevo coche; todo esto le pertenece a Dios. Estamos hablando de nuestro corazón y de cuánto de el realmente pertenece a Dios. En la mayordomía, Dios hace las preguntas: «¿Qué estás haciendo con mis cosas? ¿Y qué dice eso sobre nuestra relación?». Dios hace estas preguntas no porque necesite nuestros recursos, como si de alguna manera no fueran ya suyos. Dios pide, porque Dios quiere nuestro corazón, quiere el primer lugar en nuestro compromiso, y seguramente Dios sabe que uno de los rivales más poderosos en nuestro

corazón es el dinero. Jesús ciertamente reconoció este dilema: más de dos tercios de todas sus palabras registradas en el Nuevo Testamento tienen que ver con el dinero, las posesiones, el poder, y cómo los usamos.

¿Cómo llegamos a esta confusión tan desmedida y comenzamos a pensar que de algún modo poseíamos cosas, que teníamos derecho a ellas y que podíamos encontrar nuestra seguridad en ellas? Quizás la raíz de esa confusión se remonta a nuestros inicios. En la primera historia sobre la creación en el libro del Génesis, Dios crea a la humanidad y le da dominio sobre las demás criaturas de la tierra (Génesis 1,26-28). La palabra «dominio» en este contexto no significa gobernar como mejor nos parezca; tampoco significa simplemente mandar, ya sea por diseño o por capricho. Significa ser responsables del bien de la otra persona o criatura. En otras palabras, significa que los seres humanos, que somos creados y creadas a imagen de Dios, debemos tratar todo lo que está a nuestro cargo tal como lo haría Dios. Esto está muy lejos de la idea de que quien tiene más cosas es la persona con más éxito en el mundo.

¿? Reflexione sobre lo que significa para su vida el pensar que todo lo que tiene le pertenece a Dios. ¿Cómo se diferencia eso a los conceptos de éxito que ofrece la sociedad en la actualidad?

¿Qué pasa con el diezmo?

La Biblia siempre nos brinda una ayuda muy práctica para entender las afirmaciones más contraculturales de la fe. El tratar con el dinero no es una excepción. Las escrituras hebreas, al reconocer el gran potencial que tienen las posesiones para convertirse en nuestros dioses, nos dan una manera de comenzar a lidiar con la tentación que puede ser el dinero. La manera de asegurarnos de que lo que «poseemos» no nos pertenece es regalándolo. El punto de partida para dar, la práctica que estrangula a los ídolos, es el diezmo. El diezmo se refiere al 10 por ciento de aquello sobre lo que se tiene control, entregado a la comunidad de fe, no de lo que sobra, sino de lo que se recibe. El propósito original del diezmo era sostener a los levitas que eran responsables del tabernáculo y la adoración (Números 18,20-24). Estos fondos también se utilizaron para apoyar las diversas fiestas y sacrificios que compartía la comunidad, algunos de los cuales duraban varios días (Deuteronomio 14,22-27). Finalmente, los diezmos eran utilizados para establecer una reserva de recursos para ayudar a la gente pobre, las viudas, los huérfanos y a la gente extranjera (Deuteronomio 14,28-29). Así que, tal como se hace con nuestras ofrendas en la actualidad, nuestros ancestros le pagaron a la pastora o pastor (levita), pagaron para apoyar el programa de la casa de adoración y donaron para hacer misión. Se daban ofrendas, además del diezmo, para satisfacer necesidades especiales o para dar gracias por bendiciones específicas.

La gente, como ocurre con tantos regalos que Dios nos da, convirtió el diezmo en una carga o en una herramienta. El diezmo se convirtió en un deber que se asumía, no siempre por entender que todo es de Dios y o con un sentido de gratitud humana, sino como una manera de «comprar» el

favor divino para así asegurar la opulencia. En lugar de ver ese 10 por ciento como el punto de partida de una vida de gratitud, el diezmo se convirtió al mismo tiempo en el mínimo y máximo para dar.

¿Cuál es su entendimiento sobre lo que es el diezmo? ¿Cómo se conecta con la información que da la autora en esta sección del encuentro?

¿Nuestros impuestos no hacen lo que solían hacer los diezmos?
En una ocasión, después de un taller de mayordomía, un anciano muy franco se me acercó y me dijo: «Eugenia, sé que la Biblia habla del diezmo, pero ahora mismo pago muchos impuestos para ocuparme de las cosas con las que se sostienen los diezmos, así que no creo que el diezmo tiene aplicación en la actualidad». Nuestros ancestros, al igual que la sociedad moderna, tuvieron dificultades para cumplir con sus obligaciones religiosas y civiles.

Los impuestos pueden haberse originado con la costumbre de dar regalos para obtener protección (Génesis 32, 33, 42). En Egipto, José advirtió que vendrían siete años de hambruna después de siete años de abundancia. El faraón lo puso a cargo de recaudar fondos para esos tiempos difíciles. José impuso un impuesto del 20 por ciento para almacenar alimentos y comprar tierras. Durante el Éxodo, Moisés pidió contribuciones voluntarias para construir el tabernáculo. La ley exigía que todo varón mayor de veinte años diera un siclo para el uso y mantenimiento del tabernáculo. Cuando Israel le pidió un rey a Samuel, el profeta advirtió que el resultado serían fuertes impuestos. Bajo David y Salomón se establecieron varios impuestos nuevos, incluido el obtener un 10 por ciento sobre los productos agrícolas y el ganado; el pagar por derechos de entrada; y tributos pagados por los súbditos a su rey. Los impuestos eran tan altos durante el reinado de Salomón que contribuyeron a la división del reino después de su muerte.

Con los persas se estableció un nuevo sistema. En lugar de pagar tributos, cada provincia debía recaudar sus propios impuestos. Los gobernantes persas recaudaban estos impuestos para usarlos en sus provincias y luego pagaban una parte al tesoro real. Estos impuestos eran tan abrumadores que muchas personas se vieron obligadas a hipotecar sus campos y, en algunos casos, a vender a sus hijos e hijas a la esclavitud para poder pagar. El negocio de recaudar impuestos iba al mejor postor, primero bajo la provincia de Egipto y luego bajo Siria. Los contratistas cobraban el doble de lo exigido por la ley para obtener grandes beneficios. Se les brindó asistencia militar para hacer cumplir sus demandas. Se agregaron nuevos impuestos, un impuesto de capitación, un impuesto a la sal, un impuesto a la corona y, a veces, hasta un tercio del grano y la fruta de una persona, e incluso una parte de los diezmos tomados para el sostenimiento del templo. Cuando Roma se apoderó de Tierra Santa, el pueblo de Israel pagaba más del 40 por ciento de sus ingresos en una combinación de donaciones religiosas e impuestos.

¿Por qué cree que el sistema de impuestos se convirtió en una carga para el pueblo de Israel? ¿Fue por los impuestos en sí, y/o por las personas que formaban parte del sistema de cobro de impuesto?

¿Qué dijo Jesús?
En el Nuevo Testamento, Jesús no habla mucho del diezmo y si lo hace, lo menciona para resaltar la hipocresía de los fariseos. Aun así, eso no nos saca del problema. Jesús respalda la ley en numerosas ocasiones, llegando incluso a decir que él mismo vino a cumplir la ley.

Para Jesús, el meollo del asunto no es el principio del diezmo sino el hecho de que se aplicara el mismo sin la conexión espiritual interior con sus profundas verdades y beneficios. El diezmo se convierte en una farsa, sino representa una vida totalmente dedicada al servicio de Dios y una vida sometida a la verdad de que todo le pertenece. Para Jesús, el porcentaje apropiado es dar el 100 por ciento. ¿Recuerda su encuentro con el hombre rico que quiere saber qué debe hacer para heredar la vida eterna (Marcos 10,17–31)? Jesús le recuerda que debe seguir los mandamientos y él responde que lo ha hecho desde su juventud. Entonces Jesús le dice que sólo le falta una cosa: vender todo lo que tiene y dar el dinero a la gente pobre. Lo que Jesús reconoce tan claramente es que, si Dios no gobierna sobre todas las cosas, Dios no gobierna. El diezmo fue, y es, una disciplina poderosa que nos recuerda que todo le pertenece a Dios y que debe ser llevada a cabo para lograr las realidades prácticas del amor, la adoración y la justicia en el mundo. Es una manera de entrenar el corazón, no una obligación más para tachar en la lista de cosas que hacer.

¿Cómo la disciplina del diezmo podría ayudar a lograr las realidades prácticas del amor, la adoración y la justicia en el mundo? ¿En qué cambios concretos podría pensar, si las personas ejercieran la disciplina de diezmar como testimonio de que todo le pertenece a Dios?

¿Cómo la Iglesia ha entendido lo que es dar?
La iglesia primitiva tomó en serio las amonestaciones de Jesús. En Hechos, vemos que dar estaba en medio de lo que era ser comunidad y desempeñaba un papel importante en la formación de la comunidad. La comunidad creyente tenía sus bienes en común, lo que resultó en satisfacer las necesidades de la gente pobre y en eliminar la opresión de la pobreza, liberando a las personas de la lucha constante por sobrevivir y permitiendo el que la gente necesitada experimentara el gozo de la fe. Dar sin reservas era simplemente lo que la comunidad había visto hacer a Jesús, y no podía hacer menos.

La tradición reformada da un lugar de suma importancia a la doctrina de la mayordomía en este sentido amplio. La mayordomía tiene que ver tanto con la responsabilidad como con la transformación. Es la postura que adoptamos en el mundo. Dios nos ha regalado vidas, familias,

congregaciones, comunidades y toda una tierra, y Dios nos invita y confía en que haremos lo correcto por cada una de ellas. Es esa disciplina de responsabilidad la que conduce a nuestra transformación personal, a aflojar nuestros puños y corazones apretados, y a abrir nuestros ojos de compasión. Nunca he conocido a una persona que dé generosamente a la iglesia y que pensara en algún momento en dejar de dar.

¿Qué piensa sobre la afirmación de la fe reformada de que la mayordomía tiene que ver tanto con la responsabilidad como con la transformación?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Todo es cuestión de gratitud

Para la familia reformada, la gratitud es siempre nuestra postura fundamental ante Dios. Es nuestra primera respuesta a todo lo que sucede. Cuando suceden cosas maravillosas, damos gracias sin medida por lo que ha sucedido. Cuando surge el dolor o el desafío, damos gracias por la gracia, el consuelo y la dirección de Dios. Cada oración comienza con gratitud y cada acción la refleja.

Sin embargo, la gratitud es más que una postura. Es una forma de estar en el mundo que tiene el poder de cambiarnos y, en última instancia, de redimir al mundo. Hasta que la palabra «mayordomía» pueda ser liberada de su cautiverio y sacada de la campaña anual de fondos de un mes, tal vez podríamos sustituirla por la palabra «gratitud». Noviembre es el «Mes de la gratitud».

La gratitud realmente logra hacer cosas. Es el antídoto contra la avaricia y es el alimento para la paz y la armonía. Siempre está dirigida hacia Dios e inevitablemente resulta en una dulce y profunda entrega a Dios para satisfacer las necesidades de sus hijos e hijas. La gratitud produce el dar; el dar produce generosidad (no al revés); y la generosidad nos transforma cada vez más a imagen y semejanza de Cristo.

La importancia de la gratitud
La gratitud hace que sea imposible sentir privación, imposible sentir que tenemos derecho a todo e imposible sentir que, si alguien más obtiene algo, entonces hay menos para las demás personas. La gratitud hace que sea un poco más fácil lidiar con la opulencia de nuestra época, una enfermedad que ha sido castigada por la recesión, pero que aún acecha en nuestros sentimientos de miedo y privación. Las disciplinas de la mayordomía nos permiten desarrollar nuestra gratitud y viceversa.

La gratitud, como combustible de nuestra mayordomía, nos permite ver la bondad y la dirección de Dios como un don puro, un don sin el cual no podríamos afrontar nuestros días. La gratitud nos permite vivir en el presente y lidiar con todos esos errores sutiles y no tan sutiles del ego y la necesidad, que pueden hacer que nuestras vidas pasen de la alegría a la desesperación. Nos permite lidiar con el poderoso enemigo del miedo a la escasez y la carencia. La gratitud hace que sea imposible sentir privación, imposible sentir que tenemos derecho a todo e imposible sentir que, si alguien más obtiene algo, entonces hay menos para las demás personas. La gratitud hace que sea un poco más fácil lidiar con la opulencia de nuestra época, una enfermedad que ha sido castigada por la recesión, pero que aún acecha en nuestros sentimientos de miedo y privación. Las disciplinas de la mayordomía nos permiten desarrollar nuestra gratitud y viceversa.

La mayordomía es un proceso profundamente espiritual: es una invitación amorosa que llama a lo más profundo de nuestro corazón para reflexionar sobre lo que realmente nos gobierna, cuál es el reclamo de Dios sobre nuestras vidas, lo que realmente necesitamos y cómo la gratitud puede transformar nuestras vidas. La mayordomía no es un mes horrible de sermones que causan incomodidad y solicitudes tímidas de dar un poco más de ofrendas este año. Ella es fundamental para nuestra fe. Dios nos creó para la mayordomía. Sin dar no podemos ser todo lo que debemos ser. Aceptar el desafío de la mayordomía, su alegría y su misterio, es vivir en abundancia.

HOJA PARA EL GRUPO 2

Introducción a la mayordomía

LECTURA BÍBLICA
Génesis 41,1–4; 14–16; 29–30; 39–40; 46–49; 53–54; Salmo 24; 1 Corintios 4,1–2; 2 Corintios 9,6–9; 2 Pedro 4,10

UN VERSÍCULO PARA REFLEXIONAR
Y digo esto: El que siembra escasamente cosechará escasamente, y el que siembra con generosidad también con generosidad cosechará.
— 2 Corintios 9,6

RECUERDE QUE...
La mayordomía no es sinónimo del presupuesto de la iglesia.

I. ENCUENTRO CON LA PALABRA

Hace varios meses atrás, una feligresa de unos ochenta años me llamó para ver cuándo podíamos hablar. Llegó, como siempre, bellamente vestida y con su sonrisa más maravillosa. Después de bromear un rato, sacó de su bolso el último estado de cuenta de su cartera de inversiones. No tuve que mirarlo para saber lo que había sucedido. Su rostro cambió cuando me entregó los papeles: «Me siento desnuda, Eugenia», dijo. «Me han quitado toda mi seguridad».

Unos días después vino un hombre a decirme que tendría que cancelar su promesa de ese año. «Prefiero arriesgarme con Dios que con el Banco Mid State», dijo. Ese mismo día una joven entró y exclamó entre lágrimas: «¡No puedo creerlo! ¡Apenas tengo dinero a fin de mes, y ahora recibo una factura [su declaración anual de promesas] de la iglesia! ¡Eso es simplemente cruel!» Dos días después recibí un correo electrónico de una mujer de nuestra clase de catecumenado. «Eugenia, amo esta iglesia, pero he decidido no hacerme parte de ella en estos momentos. No puedo hacer una promesa y no me siento bien si me hago miembro y no puedo ofrendar».

¿Cómo hablamos de la mayordomía en estos tiempos de inseguridad laboral, inestabilidad financiera y agitación económica? ¿Deberíamos simplemente agachar la cabeza, hablar de otras cosas y esperar a que esto pase? ¿O tenemos una responsabilidad única de hacer que los recursos de la fe impacten los momentos en que vivimos? Ahora, más que nunca, Dios nos llama a responder pastoral, sensible y prácticamente a la crisis espiritual que a menudo acompaña a una crisis económica. Consideremos algunos de los desafíos que enfrentamos.

II. ESTUDIO DE LA PALABRA

Desafío 1: Miedo a no tener seguridad personal

Nadie ha quedado ajeno al actual clima económico. Aun las personas que tienen cierta seguridad laboral o bolsillos lo suficientemente profundos como para poder absorber las pérdidas sin un cambio de estilo de vida se han visto afectadas emocionalmente por el dolor y el cambio en nuestras comunidades y en la nación. Sentimos tensión e incertidumbre. Sentimos enojo y buscamos a quién culpar. Sentimos desesperación al ver a nuestros vecinos, amistades e hijos o hijas perder sus empleos, sus beneficios, sus hogares y sus esperanzas. Nos preguntamos si nos pasará lo mismo en algún momento. Nos preguntamos si seremos capaces de encontrar un trabajo si perdemos el que tenemos, y como consecuencia trabajamos más y encontramos menos satisfacción al hacerlo. Si estamos en etapa de jubilación, nos preguntamos si sobreviviremos a nuestros recursos, o si tendremos que encontrar una manera de volver a trabajar en los setenta,

en los ochenta o más. Sentimos que la base de nuestra certeza ha sido removida. Estamos aprendiendo la lección desesperadamente difícil de que la seguridad y la protección no están en nuestras carteras ni en nuestras empresas.

¿Qué nos enseña la Biblia sobre la seguridad y la protección? En las Escrituras hebreas, la seguridad y la protección suelen estar conectadas con la fidelidad. El pueblo de Israel, en la medida en que pudiese vivir fielmente y cumplir la ley de Dios, creía que Dios le proporcionaría seguridad, prosperidad y victoria. Cuando vivían vidas que demostraban los valores de Dios, estaban a salvo; cuando no lo hacían, eran vulnerables.

En el Nuevo Testamento el panorama es bastante diferente. En esta parte de la Biblia, es la fidelidad misma la que lleva al peligro. Cuanto mayor es la transformación de una persona a imagen y semejanza de Cristo, mayor es el riesgo. La seguridad y la protección, en la medida en que existieran, residían en la propia comunidad que cuidaba de las personas que pertenecían a ella, o en una gloriosa otra vida con muchas mansiones, calles de oro y una vida sin responsabilidades mundanales. La Biblia no promete seguridad. Esta no es un valor bíblico. La fidelidad es el valor más destacado.

Todo eso se oye muy lindo, pero no paga la hipoteca. Ciertamente, eso es así. Sin embargo, lo que sí hace es darnos una rendija de luz cuando nuestros propios recursos no son suficientes, cuando llega la carta de despido y cuando perdemos la casa. Es un rayo de luz que revela que no todo aquello sobre lo que hemos construido nuestra seguridad es realmente necesario para nuestras vidas y que lo que realmente es necesario (la intimidad con Cristo y la comunidad de fe) nunca está en peligro.

¿Por qué cree que la autora pone más importancia en el capital social (la comunidad y nuestra relación con Cristo) que en el capital económico? ¿Qué beneficios concretos nos da el tener capital social?

Desafío 2: Deuda de consumo

No hay duda de que muchos de nuestros hogares son regidos por las deudas de consumo. Muchas de nuestras horas de vigilia y preocupaciones por el desperdicio de energía están relacionadas con servir a esas deudas. Además, vivimos en una cultura que es hostil ante la espera. Queremos lo que queremos cuando lo queremos, y eso significa que lo queremos ahora. Ahorrar para comprar, cocinar comidas desde lo más básico o incluso sentarse a ver un comercial en un programa de televisión sin cambiar los canales para ver qué más hay parecen prácticas pintorescas de una película en blanco y negro de los años cincuenta. Incluso las lecciones de espera que son parte esencial de las temporadas del año eclesiástico nos parecen una pérdida de tiempo o no son utilizadas en la iglesia. La espera, la preparación y la esperanza de que las promesas divinas son cumplidas que el Adviento podría enseñarnos se pierde en las exhibiciones navideñas que aparecen justo después del día del trabajo o antes de acción de gracias. Las lecciones sobre el sacrificio y el esperar que Dios traiga vida en medio de la muerte

que la Cuaresma y la Semana Santa podrían enseñarnos se pierden en los huevos de colores y en los conejos que aparecen antes de que las tarjetas de San Valentín abandonen los estantes. Es fácil creer que la espera nunca es necesaria, porque no hemos aprendido a esperar en la voluntad de Dios.

Además de lo difícil que se nos hace esperar, muchas personas utilizamos la adquisición como droga para alterar el estado de ánimo. La prisa por encontrar un buen precio en algo que podemos o no necesitar junto a tener una tarjeta dorada a mano puede llevarnos a endeudarnos fuera de control. Cuando compramos para aliviar el estrés, para encontrar cierta sensación de alegría en tiempos de problemas, o simplemente por costumbre o porque es algo que podemos hacer para pasar el tiempo, buscamos respuestas a nuestros antojos emocionales o espirituales en las cosas equivocadas.

El solo hecho de compartir estas realidades en una comunidad compasiva puede resultar catártico, una vez que la vergüenza se haya evaporado. Muchas personas se están ahogando y necesitan oportunidades concretas para abordar su situación dentro de una comunidad de fe. Durante años he alentado a las personas de nuestra congregación que se encuentran en una situación de deudas sin control a considerar el hacer un pago doble en una tarjeta de crédito como compromiso con la iglesia. Las invito a llenar una tarjeta de promesa a tal efecto y entregármela personalmente. Cuando la tarjeta esté pagada, en dos años, tres o diez, entonces la cantidad que hayan pagado mensualmente se convertirá en su compromiso financiero con la iglesia. Algunos de los momentos más alegres de mi ministerio se produjeron cuando las personas de la iglesia cortaron una tarjeta de crédito cancelada en dos y llenaron una tarjeta de promesa para apoyar a la iglesia. Una vez más, no se trata de aumentar el presupuesto. Se trata de una transformación personal.

¿Alguna vez había pensado en que el pagar las deudas de sus tarjetas de crédito u otras deudas personales puede ser visto como un compromiso financiero con Dios y con la iglesia? ¿Cómo apoyaría el ministerio de la iglesia si pudiese vivir sin deudas?

Desafío 3: Un estilo de vida insostenible

El vivir en cautiverio a un estilo de vida insostenible, relacionado con el segundo desafío, tiene sus raíces en la confusa creencia de que tener más siempre es mejor. Esto es cierto si vivimos en pobreza, pero no necesariamente cierto si no somos pobres. El valor bíblico no es «más». Es «suficiente». El plan de Dios para toda la creación es un «suficiente» que siempre se repone. El problema es que tener suficiente parecen ser una meta movida a conveniencia. Recuerdo que mi tío, un abogado exitoso, dijo una vez suspirando: «El dinero nunca alcanza». Los escándalos de Wall Street y las bonificaciones a los ejecutivos que han horrorizado a muchas personas dan testimonio de una visión sorprendente de lo que es suficiente.

Las personas que no podemos imaginar enfrentarnos al dilema de las bonificaciones multimillonarias, todavía sabemos lo que es el que nos

valoren por lo que ganamos o lo que producimos. El problema surge cuando seguimos moviendo la meta del «suficiente». Entonces podemos quedar atrapadas y atrapados en un ciclo destructivo de trabajo obsesivo para alcanzar un objetivo que nunca podremos alcanzar. Esto no sólo es insostenible para nuestra vida personal y familiar, sino que también lo es para nuestras comunidades, economías y medio ambiente.
Uno de los dones de la mayordomía fiel es que nos invita a reflexionar sobre qué es suficiente para nuestras vidas. Nos invita a considerar la disciplina espiritual de la simplicidad, a menudo descuidada, que nos invita a quitar las capas y acumulaciones de la vida para que haya un espacio interno en donde Dios tenga total dominio. ¿Qué es realmente esencial para mi vida? ¿Qué es algo que debe permanecer intacto en nuestra congregación? ¿Qué me pone de rodillas y me ayuda a sentir la presencia de Dios? ¿Qué se interpone en mi camino para vivir con integridad en cada ámbito de la vida? Todas estas preguntas son esencialmente preguntas de mayordomía.

¿Qué es realmente esencial para su vida? ¿Qué le pone de rodillas y le ayuda a sentir la presencia de Dios? ¿Qué se interpone en su camino para vivir con integridad en cada ámbito de la vida?

Desafío 4: El consumismo aplicado a la iglesia
Vivimos en una cultura impulsada por el consumo. Las empresas son más o menos exitosas al satisfacer y manipular nuestros deseos. Cuando las opciones que tenemos ante nosotros y nosotras son muchas y variadas, nos convertimos en «compradores inteligentes», buscando no sólo lo suficientemente bueno sino también lo perfecto antes de cerrar el trato. Preferimos no pagar mucho dinero. Si lo hacemos, esperamos que produzca. Si creemos que no vale la pena el precio, no invertimos.

Desafortunadamente, para muchas personas hoy en día, la iglesia no es entendida teológicamente como una comunidad cristiana, sino más bien como un club o grupo social al cual unirse. Si no satisface nuestros deseos, salimos a comprar algo más. Relacionado a esto está el hecho de que algunas personas intentan influir en la política con su chequera. Otras personas siempre se han sentido tan escandalizadas por las imperfecciones de la iglesia que su confianza se hace añicos y ya no pueden alinearse con ella ni apoyarla.

El corazón de esto es: muchas personas, incluso algunas personas que son parte de nuestra congregación no ven a la iglesia como una comunidad sagrada; para estas personas, la iglesia es sólo una parte de un gran panteón que no tiene más derechos sobre nuestras vidas y recursos que el equipo de fútbol, la sinfónica o los niños escuchas. No es inusual que una persona de la congregación diga: «Por supuesto que diezmo. Simplemente divido mi diezmo entre la iglesia, la sinfónica y la sororidad». Todas esas son causas dignas, pero no son el cuerpo de Cristo y nunca pueden hacer lo que el cuerpo de Cristo puede hacer.

Una tarea del ministerio de mayordomía es ayudar a las personas a reconectarse con la dimensión sagrada de la vida de la iglesia. La mayordomía consiste en ayudarles a limpiar los lentes a través de los cuales ven la iglesia y sus vidas. Esto incluye el ayudar a las personas a pensar en sus prioridades y lealtades para que puedan tomar decisiones que sean consistentes con sus valores más profundos. Hasta que no lo hagamos, es probable que la gente no encuentre en la iglesia más valor que lo que encuentra en cualquiera de los miles de compromisos que tienen y simplemente no la verán como una comunidad sagrada que valga la pena apoyar.

¿Qué diferencia hay entre la iglesia y otras organizaciones sin fines de lucro? ¿Qué puede hacer la iglesia que esas organizaciones no pueden hacer?

Desafío 5: Los diferentes estilos y necesidades al ofrendar
A menudo se ha dicho que algunas personas necesitan dar y que otras dan por necesidad. Esto es una realidad. Dentro de cualquier congregación hay personas que son animadas a dar por diferentes razones. Algunas personas son motivadas por razones espirituales. Cristo les ha cautivado y toman en serio las advertencias de diezmar y apoyar a la iglesia como disciplina de fe. Darán sin importar lo que esté sucediendo en la vida de la iglesia. Son las almas que a menudo son encontradas en el liderazgo y que están dispuestas a hablar sobre el papel que juega el ofrendar en sus vidas.

Otras personas son motivadas por una mentalidad de «participación justa». Dar a la iglesia es como pagar cuotas a cualquier otra organización a la que pertenezcan. Son parte de la iglesia. Dependen de los beneficios de la iglesia. Esperan que la iglesia esté disponible cuando sus hijos e hijas se casen. Esperan que el pastor o pastora les visite cuando estén en el hospital. Y esperan que la iglesia esté ahí para su entierro. Eso cuesta dinero, por lo que deben hacer su parte justa. Estas son las personas que quieren ver el presupuesto detallado en la reunión congregacional y que luego se sientan con sus calculadoras, dividiendo el presupuesto total entre la membresía para determinar qué debería estar haciendo el comité de mayordomía para levantar fondos. Les motiva un sentimiento de espíritu de equipo y un sentido de justicia y reciprocidad.

El resto las personas tendemos a hallar motivación para ofrendar en el profundo deseo de satisfacer una necesidad. Las historias de los compañeros y compañeras en misión que trabajan para aliviar el sufrimiento humano, el deseo de enseñar a la niñez a conocer y amar al Señor, la comprensión de las necesidades de la iglesia para mantener su adoración, su programa y su misión, todas estas cosas son los motivadores. Si puede explicarles a estas personas cómo el tóner de la fotocopiadora cambia vidas, le harán una oferta especial para comprar algunos. Estas son las personas que, cuando no están seguras de cómo pagar su propia factura de agua, preparan kits de higiene para el programa presbiteriano de ayuda en desastres o ponen un billete de 20 dólares en la mano del pastor o pastora al salir de la iglesia «para usarlo donde haya mayor necesidad».

El desafío para el liderato de la iglesia es diseñar ministerios y oportunidades de ofrendar que satisfagan las necesidades de estos diferentes tipos de dadores. Ayudar a cada tipo de donante a comprender a las demás personas puede ser una forma de que entiendan los crecientes límites de sus puntos de vista. También puede ayudar a la comunidad a celebrar los diferentes dones y perspectivas que la componen.

¿Qué motivaciones para ofrendar rigen la manera en que contribuye al ministerio de la iglesia?

III. EJERCICIO DE LA PALABRA

Entonces, ¿qué debo hacer primero?

Comience orando con su chequera. Separe un tiempo especial de soledad para revisar los gastos que ha realizado en el último mes (Si no sabe lo que ha gastado, eso en sí sirve como información para reflexionar). Al mirar cada cheque o cada artículo en su extracto bancario mensual, pregúntese cómo ese gasto sirvió para promover el reino de Dios. Mire toda la información en conjunto. ¿Dónde está Dios en la manera en que ha gastado su dinero? ¿A quién y qué cosas pone primero? Pídale ayuda a Dios para tomar las decisiones correctas y, si es necesario, para hacer frente a su deuda. Comprométase a reducir la deuda como un sacrificio continuo de oración a Dios. Cada vez que reduzca un dólar de su deuda, entrégueselo a Dios como un regalo, como una manera de darle honor, y como una ofrenda.

Haga el compromiso de prestar atención al momento de la ofrenda durante el culto de adoración. No permita que este sea un momento para que su mente divague o que utilice para meditar sobre el sermón. Tómese un momento para calmar sus pensamientos y volver a dedicar su vida a servir a Dios y a poner a Dios primero en su vida. Cuando ponga la ofrenda en el plato, recuerde que es solamente una muestra de la vida que le ofrece a Dios.

Haga que la disciplina de dar sea parte del corazón de su familia. Tome tiempo cada día para compartir maneras en las que ha sentido que Dios uso su vida y sus dones durante el día. Si está considerando hacer un compromiso financiero con la iglesia, hable de ello con toda la familia. Pide a cada persona que es parte de ella que piense en algo de lo que puede prescindir para hacer una ofrenda a la iglesia.

Considere correr riesgos. Como experimento, decida diezmar por un período de tiempo, aunque le parezca imposible. Pida a Dios que actúe en su vida mientras emprende esa jornada. Preste atención a qué miedos o malestares puedan surgir. Dele estos también a Dios. Espere y vea lo que Dios hará.

La mayordomía no se trata del presupuesto. Es una transformación del corazón. Es poner el dinero y las prioridades en el orden adecuado. Es el que Dios gobierne su vida. Es eliminar los impedimentos al crecimiento espiritual para que podamos aprender a vivir del dulce sustento de la gratitud todos los días de nuestras vidas.